

Una relectura de *A Bolívar* de Luis Alberto Sánchez

Wilfredo Kapsoli Escudero

Universidad Ricardo Palma

wkapsoli@urp.edu.pe

RESUMEN

En este ensayo, el autor hace una relectura de la obra de Sánchez, contextualizando históricamente la novela con sus principales protagonistas y acciones realizadas en pro de la independencia peruana. En esta obra sobresalen las figuras de Simón Bolívar, de Manuelita Sáenz, José de San Martín y José Antonio de Sucre. Igualmente actúan cumpliendo distintos papeles los guerrilleros de la sierra central como Ignacio Quispe Ninavilca, Isidoro Villar, José Antonio Manrique y Fray Bruno Terreros, sacerdote franciscano quien comandó una guerrilla en Jauja para luego unirse al ejército libertador.

PALABRAS CLAVE: Bolívar, Luis Alberto Sánchez, Independencia, Manuela Saenz

A rereading of *A Bolívar* by Luis Alberto Sánchez

ABSTRACT

In this essay, the author rereads Sánchez's work, historically contextualizing the novel with its main protagonists and actions carried out in favor of Peruvian independence. In this work the figures of Simón Bolívar, Manuelita Sáenz, José de San Martín and José Antonio de Sucre stand out. Guerrillas from the central mountains such as Ignacio Quispe Ninavilca, Isidoro Villar, José Antonio Manrique and Fray Bruno Terreros, a Franciscan priest who commanded a guerrilla in Jauja and later joined the liberating army, also act in different roles.

KEYWORDS: Bolívar, Luis Alberto Sánchez, Independence, Manuela Saenz

YUYAYKUSUN/105

13 (2023) 105-130 URP, Lima, Perú ISSN 2073-6150 / [Recibido 08/06/2023 -
Aprobado 21/07/2023]

Introducción

En el año de 1963 cuando ingresé a la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos para estudiar Educación e Historia, tuve la suerte de ser alumno del doctor Luis Alberto Sánchez en un curso de Introducción a la Literatura Peruana. Las clases lo recibíamos en el Programa de Estudios Generales. El Maestro dictaba sus lecciones una vez por semana (dos horas y 30 minutos cada una) y, como el curso era anual, asistía cuatro o cinco veces y el resto de las horas lo realizaban sus asistentes. En una ocasión, dentro de la extensa bibliografía que recomendaba en clase dijo: para la próxima reunión deben leer la novela *El Santo de la Espada* de Ricardo Rojas. Efectivamente, cuando el doctor retomó la clase un mes después preguntó si alguien había cumplido la tarea encomendada. De todos los alumnos que asistíamos al salón (alrededor de 200) fui el único que levantó la mano y di cuenta del trabajo encomendado. El maestro se sorprendió y, luego que hice una breve reseña del mismo, preguntó por mi nombre y añadió “eres un buen sanmarquino y serás un buen profesional”.

Muchos años después, tuve la suerte de acceder al Archivo de Don Pedro Zulen, miembro de la Asociación Pro Indígena junto con Dora Mayer y Joaquín Capelo. La hermana de don Pedro, la señora Elvira, tuvo la amabilidad de facilitarme toda la documentación del maestro almacenada en varias cajas de cartón totalmente cubiertos con polvo, paja y polillas, pues, se encontraban en un rincón de la casa y estaban así porque, al haber fallecido Zulen de tuberculosis, la familia pensaba que dichos papeles podrían aun ser portadores del bacilo de Koch. Yo con la seguridad de haber sido bien alimentado y el entusiasmo de ver las fuentes documentales organicé y clasifiqué todos los materiales que allí se guardaban. Posteriormente, la familia Zulen obsequió todo el Archivo a la Sala de Investigación de la Biblioteca Nacional. Esta Institución preparó una exposición de libros, artículos, ensayos en su homenaje para la apertura del Archivo mencionado. Para esa ocasión invitaron al Dr. Luis Alberto Sánchez y al suscrito a dictar sus respectivas conferencias sobre el personaje homenajeado. El maestro Sánchez pidió ser el primer expositor y al hacerlo su charla estaba lleno de anécdotas, recuerdos y conocimientos de Pedro Zulen que había sido maestro del propio Sánchez. Don Alberto hablaba con tanta fluidez e información que yo quedaba preocupado porque prácticamente no habría nada que decir, cuando me tocaría hablar. Pero, por suerte, el Archivo Zulen que contiene memoriales, informes, cartas, tesis y periódicos sobre el problema indígena de los años 1910 a

1930 me permitió tratar sobre los aspectos esenciales de la defensa de la población indígena, su búsqueda de ciudadanía y de democracia en nuestro país.

Varias décadas después, como homenaje al Bicentenario de la Independencia Peruana, nuestra Universidad Ricardo Palma ha auspiciado investigaciones y publicaciones conmemorativas. Nosotros junto con Carlos Pérez Garay coeditamos *Historiografía de la Independencia Peruana en el año del Bicentenario* en que colaboraron alrededor de 17 colegas y yo preparé un ensayo titulado “Una relectura del libro Los Guerrilleros del Centro en la Emancipación Peruana de Raúl Rivera Serna” y Carlos Pérez Garay escribió sobre “Los Poetas de la Revolución un texto juvenil de Luis Alberto Sánchez”. Como correlato del libro mencionado preparamos actualmente otra coedición sobre *La independencia peruana e hispanoamericana en la novela histórica*. Parte de este proyecto es el ensayo que presentamos a continuación.

I. CONTEXTO HISTÓRICO SOCIAL

Hugo Villenas en la nota preliminar *A Bolívar* dice que hay que tener en cuenta tres aspectos esenciales para ubicarnos en la época y la trama de la creación histórico-literario:

El primer aspecto novedoso fue ceñirse a la acostumbrada secuencia cronológica: infancia, juventud, madurez, muerte. Se optaba por una selección de hechos de singular interés expuestos con la mayor audacia narrativa. No hacía falta contarlo todo sino mostrar lo esencial y del modo más emocionante y sugestivo. Un segundo aspecto innovador fue eliminar del ángulo de observación todo prejuicio doctrinal y toda actitud censora o crítica de la vida del biografiado. El lector debía involucrarse en el acontecer de una época percibiendo sin filtros sus luces y sus sombras. El tercer aporte fue incorporar recursos vedados para el historiador académico pero utilísimos para el narrador como la psicología y el psicoanálisis, que permitían añadir a la interpretación literaria temas como la intimidad emocional, la vida onírica, los complejos y frustraciones, etc., de uno o más personajes (Villenas, 1997, pp. 15-16).

La novela que comentamos fue escrita por Luis Alberto Sanchez en 1969. Está contextualizada en la etapa de la lucha por la Independencia Peruana y Americana entre 1817 (Batalla de Chacabuco por la Independencia de Chile hasta la Batalla de Ayacucho de 1824). En esos años se comenta la publicación de revistas, manifiestos, periódicos y cartas a favor de la libertad, así como el accionar político militar y los temas de la vida cotidiana de aquella época. La

trama se contextúa básicamente en el Perú y, de manera más específica, en la ciudad de Lima donde se produjeron las entrevistas de Punchauca entre el Virrey José de la Serna y don José de San Martín (02/06/1821) y se produjo la Proclamación de la Independencia Peruana (28/07/1821), por momentos se aluden sucesos cotidianos, familiares que acontecen en las ciudades de Quito – Guayaquil, Bogotá – Caracas.

II. LOS PERSONAJES

En la novela actúan una serie de personajes que protagonizan distintas acciones y episodios, sean estos de carácter familiar, militar, político o de relaciones afectivas. Algunos tienen más atención y presencia que otros. En general los actores son descritos en su forma somática y su actuar cotidiano o festivo según el caso y las circunstancias. Nosotros resaltaremos a los protagonistas esenciales y emblemáticos principalmente, y a los otros de manera complementaria o referencial.

1. Principales

Sin duda, el personaje central de la novela es Simón Bolívar, el Libertador por el que Luis Alberto Sánchez tiene una admiración y elogio histórico-literario. En 1925, nuestro maestro había publicado su libro *Sobre las huellas del Libertador*, publicación que contaba en la tapa una ilustración realizada por el destacado artista Jorge Holguín de Lavalle.



Imagen 2. Ilustración de Bolívar realizado por Holguín Lavalle (1926)

Al inicio del texto, el autor comenta:

Este es un libro absolutamente desprovisto de pretensiones literarias e históricas: es un libro periodístico. Se reúne en él muchas crónicas volanderas, escritas todas en el transcurso de una romería por los países de Bolívar, sin otra aspiración que rendir, por ahora, un pequeño homenaje a la memoria epónima del Libertador y a los hombres que me hicieron cordial la permanencia en aquellas tierras maltenidas por hostiles (Sanchez, 1925, p. vii).

Luego enfatiza:

Este libro periodístico es un homenaje ferviente al Libertador, aunque, mientras nuestros compañeros se agrupaban en la borda, junto a las pasarelas, escrutando la costa invisible, nosotros entreteníamos nuestros ocios de viajeros sin catalejos, discurriendo sobre pasajes de la vida de Bolívar (Sanchez, 1925, p. viii).

A Bolívar pertenece, con todo rigor, a la serie “Biografías Noveladas” género que enlaza la investigación histórica con la imaginación literaria. Es decir, es biografía y novela. Según Sánchez “el historiador – novelista trabaja ciñéndose fielmente a la verdad, pero sin omitir lo pintoresco ni soslayar lo sustancial. E insiste en la recreación del personaje como el motivo esencial de un género desde

el cual asistimos al nacimiento y a la evolución del protagonista, oyéndolo, viéndolo, sintiéndolo, apasionándonos con sus pasiones” (Sánchez, 1997, p. 14).

Entre 1923 y 1969, toda una vida, Sánchez “dedicó muchos artículos y monografías al Libertador. Era una forma de ir creando el sedimento para la gran “biografía novelada” que el personaje merecía. Un buen número de páginas espera ser sacado del olvido de las viejas colecciones de revistas y periódicos” (Sánchez, 1997, p. 18). De modo tal que “Bolívar valdría muchísimo más aún de lo que vale, si los turiferarios incondicionales no hubieran pretendido quitar a su obra los sabrosos y necesarios yerros, abono fecundo de toda personalidad pujante, fragua inextinguible del Genio” (Sánchez, 1997, p. 19). En suma, ¡BOLÍVAR ES HOMBRE DEL PRESENTE, NUNCIO DEL PORVENIR!

El interlocutor más cercano e importante de Bolívar fue Don José de San Martín, con quien protagonizó el 26 de julio de 1822 la famosa entrevista de Guayaquil, ciudad

“donde discutieron a fondo los problemas del momento: la victoria sobre las armas realistas, el mando común de las fuerzas patrióticas y el problema político del Perú. Los barcos peruanos habían recibido con sorpresa el arribo del Protector a la bahía guayaquileña. Desde luego, sus oficiales volaron a bordo de *La Macedonia* para dar detalles a San Martín de los sucesos de los últimos días, si venía con ánimo de entrar en negociaciones constructivas con el Libertador, podía despedirse de sus esperanzas. Guayaquil ya no era ciudad libre y en cuanto al poderoso partido que deseaba su anexión al Perú, Bolívar había dispuesto su disolución y había ordenado la detención de sus miembros” (Sánchez, 1997, p. 81).

Luis Alberto Sánchez resalta en su novela histórica que

Bolívar no olvidó nunca aquella primera impresión. San Martín, más alto y grueso que él, hablaba reposadamente, con marcado acento rural argentino. Se le veía preocupado pero enhiesto. La cara ovalada lucía unos ojos grandes y quietos, una nariz sólida levemente curva, una boca regular y carnosa. Las copiosas patillas encuadraban el rostro, peinaba discretamente el cabello ligeramente canoso, pero aún negro y abundante. Contrastaba con la incipiente calvicie del Libertador cuya alta frente coronaban cabellos ensortijados negros, abundantes en las sienes, pero no tanto en la parte superior del cráneo (Sánchez, 1997, p. 83).

Al día siguiente, el 27 muy temprano San Martín se reunió con el Libertador por espacio de cuatro horas: “Al concluir la conversación, pasaron

cogidos del brazo al salón donde esperaban los invitados al banquete y baile con que *Bolívar* quiso agasajar a su visitante no hubo declaración ni firma de documento alguno los secretos masónicos suelen guardarse celosamente “entre la escuadra y el compás” para toda la vida” (Sánchez, 1997, p. 83).

Llegada la hora del brindis, Simón Bolívar se puso de pie y sin titubear dijo: “Brindo por los dos hombres más importantes del América del Sur, hubo una cerrada salva de aplausos para los dos preclaros héroes” (Sánchez, 1997, p.85).

Manuela Sáenz es la tercera protagonista principal en la novela *A Bolívar*. Ella aparece en las primeras páginas de la obra presentada de la siguiente manera:

los dioses ciegan a quienes desean perder. Bolívar, que todavía traía en el pensamiento su reciente amorío con Manuela Sáenz, sintió que la nueva deidad imponía su señuelo sin proponérselo, como al descuido, y que en el aire, desde la tierra, el río, la alameda, los palacios, los huertos, las iglesias, los patios, las casonas, el cielo, la llovizna, los árboles, las calles, las tapadas, las procesiones, los saraos, las mulatas, las marquesas y las negras ascendía como un cálido aliento, como un suspiro caliginoso del humus, como una respiración plural ahogada, como un quejido interrumpido, como una sonrisa chafada como un ruego, como una orden, como un ay, como una zarabanda, como una letanía. Y como un mandato (Sánchez, 1997, pp. 25-26).

Luego, de un largo trecho, la protagonista vuelve a reaparecer nuevamente en las páginas de la novela.

Cabe destacar que la admiración de Luis Alberto Sánchez por *Manuelita* lo había consignado tempranamente en su libro *Sobre la Huella del Libertador* donde se lee:

Fue en 1822, cuando Bolívar se entrevistó con San Martín en Guayaquil conoció a Manuelita Sáenz “¿Cómo se enamoró Bolívar de la Sáenz? Ni importa averiguarlo. Yo solo sé que la vio, que se vieron y no pudieron separarse más en los años de los años, hasta que la vida del Héroe llegó a su ocaso y Manuelita, la fidelísima, hubo de abandonar al amante. Porque nada pudieron las deslealtades e ingratitudes amorosas del *Libertador*, contra la ciega pasión de aquella mujer toda hecha de ternura y de valor” (Sánchez, 1925, pp. 170-171).

Ella era joven y feliz. Bolívar era tempestuoso galán a quien las mujeres se les rendían enamoradas. Manuelita Sáenz lo conoció en Quito, al punto cayó en los brazos del Libertador “abandonó su hogar y al marido que la adoraba y la siguió adorando hasta muchos después de su vida” (Sánchez, 1926, pp. 170-171). Con Bolívar pasó al Perú, participó del triunfo y fue protagonista de más de un episodio que la tradición refiere embelesada (Sánchez, 1926, pp. 170-171).

Luego, Sánchez (1997) reproduce retrato de Simón Bolívar a caballo: “El dios pagano mira nuevamente a su alrededor... Su excelencia monta en el recio bridón que le acerca su asistente... (p. 105).

Asimismo, hay en la obra de Sánchez un extenso relato dedicado a las acciones cotidianas, amorosas y patrióticas de nuestro personaje como leemos a continuación:

Camino a Huarmey un edecán llega al galope con pliegos de Colombia y cartas privadas para el Libertador. Una de ellas, firmada por “*tu Manuelita*” dice escuetamente “voy en camino”. Otra carta, firmada por Mosquera, su leal edecán que quedó en Quito, le informa que Manuelita partió de esa ciudad a toda prisa preocupada por la salud del Libertador pero que, en Guayaquil, enterada de su mejoría, se detuvo a organizar colectas y a reclutar civiles para dar apoyo a la guerra en el Perú. [...]. El caraqueño se exalta de alegría como un adolescente. Escribe de inmediato a Manuelita pidiéndole que se instale en Huaura y le brinde todo su apoyo a Sánchez Carrión. Ya se reunían allí. Es una carta exenta de romanticismo. Sabe de antemano que esa mujer desea tanto como él participar activamente en la campaña guerrera. Lo hizo en Quito y lo hará en el Perú. No se quedará en Huaura. Apenas llegada, sin encontrarse todavía con su amante, Manuelita hará una gran labor en apoyo del gobierno y del ejército. Más adelante estará en los campos de batalla auxiliando enfermos y artilleros” (Sánchez, 1997, p. 133).

Al respecto, Manuel Espinosa Apolo, recoge la siguiente versión:

Recibí, mi buena Manuela, tus tres cartas que me han llenado de mil afectos. Cada una tiene sus méritos y su gracia particular... Una de tus tres cartas está muy tierna y me penetra de ternura. La otra me divirtió mucho por tu buen humor. Y la tercera me satisface de las injurias pasadas y no merecidas. A todas voy a contestar con unas palabras más elocuentes que tu Eloísa tu modelo. Me voy para Bogotá... Ya no voy a Venezuela. Tampoco pienso en pasar a Cartagena, y, probablemente, nos veremos muy pronto. ¿Qué tal? ¿No te gusta? Pues, amiga, así soy

yo. Te ama con toda su alma. Bolívar / Bucaramanga 3 de abril de 1828.
(Espinoza, 2010, p. 393).

El propio Espinoza Apolo hace una cronología de la correspondencia íntima entre Simón Bolívar y Manuela Sáenz que a continuación resumimos:

El primero que va desde junio de 1822 a agosto de 1823, corresponde al inicio de la relación amorosa, mientras Bolívar permanece en anexión de los llamados "Departamentos del Sur". Las cartas de este período son exclusivamente de índole erótica, permitiendo vislumbrar de índole erótica, permitiendo vislumbrar un enamoramiento que brota inmediatamente luego de la gran impresión e impacto que supuso el primer encuentro. Por esta razón, las cartas de amor sirven para hacer requerimientos, declarar y afirmar la pasión. Un segundo momento en la evolución de la relación puede establecerse a partir de septiembre de 1823 a noviembre de 1825, período que corresponde a la convivencia de los amantes en el Perú. País al que Bolívar se había dirigido en compañía de su ejército con el propósito de lograr su independencia y sofocar la última resistencia española en Sudamérica. El tercer periodo incluye la etapa de permanencia de Manuela en el Alto Perú y la última y corta convivencia con Bolívar en Lima, hechos que suceden en el año de 1826. Año en que el Libertador logrará crear una nueva república entre Argentina y el Perú: Bolivia, por razones geopolíticas, luego de lo cual manda a llamar a Manuela. El cuarto período corresponde a la estadía de Manuela y Bolívar en Colombia, esto es, de 1827 a 1829. A inicios del año 27 de aquel siglo, Bolívar llega a Caracas, mientras el ejército colombiano es expulsado del Perú y el libertador es destituido de la presidencia. Bolívar reasume la presidencia de la Gran Colombia luego de neutralizar el levantamiento de Páez en Venezuela; sin embargo, para salvaguardar la unidad de la República e imponer su proyecto político se proclama dictador, ganándose la antipatía de los liberales republicanos partidarios del vicepresidente de Colombia: Santander. El último período en la evolución de la relación, según revelan las cartas, corresponde a su separación, cuando Bolívar decepcionado de la política transita por los puertos colombianos intentando partir a Europa hasta su encuentro con la muerte en la soledad de Santa Marta. Es el lapso comprendido entre mayo y diciembre de 1830. De este período se conservan solo cartas de Bolívar, quien, de camino al autoexilio, revive en su soledad y amargura, los momentos de pasión con Manuela, cuya presencia invoca, clama y exige, en cartas que conmueven hondamente" (Espinoza, 2010, p. 393).

Años más tarde, el Libertador Bolívar ya no está en el Perú y "en Bogotá, en la soledad del poder, Simón el Soñador sintió necesidad de ampararse en el

rezago de Manuela Sáenz. Ella había permanecido en el Perú, animando a los partidarios del Libertador a ejercer mano dura contra los opositores a la Constitución Vitalicia. Su fervor bolivariano la condujo a arengar en los cuarteles, pistola en mano, contra la insurgencia del coronel José Bustamante” (Sánchez, 1997, p. 169).

Agrega además el miembro de la generación del Centenario que:

Bolívar no pudo evitar escribir a Manuela: “El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracia. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte; apenas basta una inmensa distancia. Te veo, aunque lejos de mí. Ven, ven, ven luego. Ante este llamado, *Manuela* no hizo menos que tomar un caballo, un sable, un trabuco y un saco de provisiones de viaje y lanzarse a recorrer centenares de leguas cruzando los Andes. Se instaló en Bogotá, apenas cruzando la calle donde estaba el palacio de San Carlos, residencia del presidente Bolívar (Sánchez, 1997, p. 170).

En el Perú, algunos personajes públicos se habían sorprendido de la forma en que la sociedad limeña perdonaba las extravagancias de Manuela Sáenz en la quinta de la Magdalena. La osadía política de Manuela Sáenz, su vehemencia y su intromisión en los asuntos del gobierno sin respeto alguno a las formas y jerarquías, eran motivo de escarnio callejero. Los militares apegados al reglamento protestaban por la presencia de una desconocida mujer en los altos niveles de gobierno y los moralistas se escandalizaron por el favoritismo del Libertador a una mujer adúltera y de conducta demasiado atrevida.

Tampoco faltaron exabruptos y altercados de palabras donde “Sáenz ni Bolívar tenían paciencia”. Sosegada las tensiones Manuela salvó a Bolívar de ser preso y ejecutado por sus adversarios políticos como lo describe Sánchez. El Libertador iba a ser tomado preso en su domicilio por un conjunto de soldados adversarios. Pero Manuela salva al Libertador quien huye con la ventana abierta y sin rastro de fuga. Entonces “resuena la habitación una fuerte bofetada. Manuelita, sin doblarse, como una leona herida, se lleva la mano al rostro y balbucea un insulto. “Cállese a la pécora, gruñe un soldado y le da un puntapié y el otro se prepara para matarla en un sablazo. Ormeño se interpone y salva la vida. Los atacantes huyen y Manuela da gritos alertando a la población de los sucesos, coge un fusil y da disparos al aire”. Llegan los soldados reales y Manuela salen con ellos en busca de su general, dando vivas al *Libertador* y a Colombia. Al

amanecer Bolívar apenas ve a la mujer que lo ha salvado le dice: “¡Manuela, mi Manuelita eres Libertadora del Libertador!” (Sánchez, 1997, p. 184).

Scarlett O’Phelan en su libro *Simón Bolívar y la conclusión de la independencia en el suelo de los incas* incorpora en el cuarto acápite la semblanza de Manuela Sáenz titulado *La Libertadora del Libertador*, allí resalta los comentarios que sobre la heroína hicieron Salvador Madariaga y Ricardo Palma. El primero decía que ella tenía “costumbres libres y modales desenfrenados, que montaba a caballo como un varón y bebía licor como un soldado” (O’Phelan, 2019, p. 47), mientras que nuestro Tradicionista dice que “Manuela constituyó un error de la naturaleza comparándola con Rosa Campusano (pareja de San Martín) a quien la describe “como un dechado de feminidad y a Manuela que daba la impresión de haberle anunciado al bello sexo para integrarse a los grados de conducta masculinos” (O’Phelan, 2019, p. 47).



Imagen 2. Retrato de Manuela Sáenz.

Museo Nacional de Arqueología y Antropología. Lima

Cerramos este acápite recomendando al lector o lectora el ensayo de Claudia Luna donde comenta y analiza la novela *El General en su Laberinto* de Gabriel García Márquez, donde se puede seguir la manera de cómo se construyó la imagen de Simón Bolívar como héroe victorioso y ejemplo para la humanidad. Asimismo, buscamos comprender el amor apasionado que tuvo el Libertador por Manuela Sáenz “Madre de los Mártires de la Patria, de la Justicia y de la Libertad” (Luna, 2010).

2. Secundarios

Como la novela *A Bolívar* de Luis Alberto Sánchez está contextualizada en la época de la Independencia Peruana los protagonistas son los precursores y libertadores que actuaron en distintos momentos y en medio de escenas político-militares. Veamos a los más representativos:

Manuel Lorenzo de Vidaurre

De acuerdo a la novela de Sánchez, el destacado jurista peruano fue representado bajo los siguientes rasgos:

Moreno, rizado y tempestuoso, que miraba a las mujeres como si fueran manjares apetitosos en día de escasez, le habían mostrado un lado del rostro en sus copiosas y sabrosas *Cartas Americanas*, acabadas de imprimir en Filadelfia, donde se habían concentrado algunos editores españoles, uno de ellos editor de Pablo de Olavide, especie de Simón Rodríguez¹ del S. XVIII, es decir, racionalista y cortesano (Sánchez, 1997, p. 26).

Vidaurre era como el maestro Simón Rodríguez: un exaltado. Por entonces, no se hablaba todavía del romanticismo, pero se lo practicaba a plenitud. Manuel Lorenzo, el audaz, como así lo llama Sánchez, “había suscitado vivísimo amor a la mujer más bella del mundo, a Josefa Luisa, de quien hubo una hija bastarda y linda, [Manuela Narcisa, muerta apenas al nacer] como en una novela precursora del romanticismo (Sánchez, 1997, p. 27). Acota también el historiador de la literatura peruana que Vidaurre en lugar de blandir la espada alcanzó a terminar su *Plan del Perú* obra que apareció en 1823.

José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete:

Acerca del quien fuera nuestro primer presidente de la República, dice el maestro Sánchez (1997): “Era menor que Bolívar. Nacido en Lima el año 1793. Heredero de cuantiosos bienes rurales y urbanos, había sentido desde niño el aguijón del descontento” (p. 30). Asimismo, señala que lo llamaban cariñosamente “el niño Pepito”. Sus padres lo enviaron a educarse en Madrid, la

¹ Maestro de Simón Bolívar “quien une su destino al de Bolívar, vive noventa años obsedido por su escuela y por sus innovaciones, pero nos causa la impresión de que Bolívar, que tuvo la fuerza necesaria para interpretar y dar forma a un momento del destino americano, no la tuvo para entregarle a su maestro, no su alabanza admirativa, sino el diálogo del paisaje, que nos acompaña dándonos manso estribo, el puente de las dos riberas simbólicas, por el que este espíritu muy cargado, por el que este individualismo de desesperada última instancia, pudiera soltar el ascua, deshacerse de la maldición, como esos orgullosos muy tiesos que ante una ternura clave se vuelven transcurridos, obsequiosos y reverentes (Lezama Lima, 2013, pp. 69-70).

capital española durante el tiempo en que se ventilaba la contienda entre bonapartistas y liberales. Agrega también que “Riva Agüero rico propietario como el marqués de Torre Tagle, el conde de la Vega, el conde de Gislas, el conde de Premio Real, y tantos más, se sentía con derecho a gobernar el país. Pero no había nacido en él y debía ceder ante un forastero (Sánchez, 1997, p. 30). “No es que se sintiera criollo, pues, harto bien claro lo había dicho en su anónima Manifestación histórica y política de la Revolución de la América, más conocida como *Las 28 Causas de la Independencia Americana*”, “obra escrita en Lima, centro de opresión y el despotismo” en 1816 y publicada en Buenos Aires en 1818. Para él los criollos tenían sangre fría. Él era un español americano y, por tanto, con doble derecho a gobernar su patria. Cuando ingresó a Madrid con tales ideas se lanzó a conspirar el propio año de 1811, y *Abascal*, que no se paraba en palillos, lo mandó a refrescarse a Tarma, lugar andino de ancha y [arbolada] vega y floridos campos” (Sánchez, 1997, p. 30).

José Bernardo Torre Tagle:

Es otra de las figuras resaltantes de aquel cuadro “provenía de una vieja familia de los Tagle que hundían sus raíces en los remotos de los siglos”, el lema de la familia perpetuaba una hazaña legendaria “*Tagle se llamó el que a la [sierpe mató] y con la infanta casó*”. Infanta habemos, es decir, raza de príncipes. Este Tagle peruano usaba como paterno o compuesto el apellido “de la Torre Tagle”. (p. 32). *San Martín* había tenido en mente el propósito de crear una monarquía en el Perú. Torre Tagle habría sido uno de sus principales candidatos. Él “era un hombre regordete, muy erguido, de piernas cortas y algo ventrudo de diente, como correspondía a un noble de cepa hispánica y manteles de Trujillo – Perú, era la ciudad más merendonada de la Costa perulera, tan golosa como soberbia. Torre Tagle no era tan audaz y dinámico como Riva Agüero, pero contaba con la eficaz colaboración de su esposa, organizador entusiasta e intrigante que un santiamén logró agrupar a las damas nobles de Trujillo. El marqués había sido uno de los principales gestores de la Independencia de Trujillo en 1820 antes que en Lima. Esos nobles peruanos son gente difícil mucho más que los aristócratas hispanos, quieren ser príncipes para seguir siendo señores” (Sánchez, 1997, p. 34).

Hipólito Unanue:

Sobre el reconocido médico y científico peruano, el miembro de la generación del Centenario, dedica algunos apuntes biográficos en su novela:

Nacido en Arica en 1755, era un hombre maduro cuando llegó la expedición libertadora en 1820. Ya había alcanzado sólida fortuna rural a [través] de su matrimonio con la dueña de Arona. Era médico notable y había de [presidir] el acto de la fundación de la Facultad de Medicina de San Fernando el 1° de octubre de 1811. Tenía no sólo un sólido prestigio profesional sino, además, incuestionable práctica administrativa. Había dado pruebas como hombre de gobierno al asesorar al progresista virrey *Gil de Taboada y Lemos*, cuya protección al *Mercurio Peruano* aparecido [en 1791], acicateó con excelente resultado. Este virrey le llamó para que compusiera su memoria en 1794, cuando [Unánue ya] era un cuarentón codiciado. Ese documento revelaba la p[erspica]cia del ariqueño. Más tarde el celoso virrey Abascal, que se mantuvo en el gobierno del Perú [entre 1806 y 1817], llamó como consejero a Unánue consciente de que en el célebre médico se encerraba un político hábil y un experto sociólogo. San Martín lo llamó a su lado, sin pararse en los chismes que pretendían apartar al sabio médico a base de su supuesto españolísimo. Unánue fue el artífice de las frustradas conversaciones [iniciadas en] Punchauca el 2 de junio de 1821, echadas a perder por las exigencias jacobinas de Sánchez Carrión, las ambiciones caudillescas del “niño Pepito” y también por la reticencia de Torre Tagle, [que no] perdía oportunidad de acercarse al poder público” (Sánchez. 1997, pp. 35-36).

Hipólito Unánue, representaba para Luis Alberto Sánchez la severa eficacia de un hombre ilustrado.

José Faustino Sánchez Carrión:

Había sido alumno de la Facultad de Jurisprudencia en la Universidad de San Marcos, cuyo patio se hallaba rodeado de una columna de maderas y en el centro había una fuente de agua de bronce con un surtidor que rivalizaba su canto con el de los pájaros que por la tarde se acurrucaban en los nidos bajo los viejos aleros. Sánchez Carrión junto con Luna Pizarro y Toribio Rodríguez de Mendoza fueron procesado por leer libros prohibidos como *El Contrato Social* de Juan Jacobo *Rousseau* “ahí había prendido el futuro *Solitario de Sayán* que el peor enemigo de la felicidad de los hombres era la autoridad suprema de un solo hombre inclusive si se llamaba Presidente de la República”. En junio de 1823, el patriota jacobino aceptó el encargo del Congreso Peruano para ir a Quito e invitar a Bolívar para que viniera al Perú.

En palabras de Luis Alberto Sánchez:

Sánchez Carrión, de traje oscuro y pechera bombacha, [aferrado a su asiento], juntó las largas piernas ceñidas por el estrecho pantalón. El joven

tribuno, de unos 36 años, tenía ancha frente, la nariz regular y el gesto penseroso. Los ojos, sí, los ojos, revelaban un temperamento apasionado. Cerraba los labios como con plegadera, en una raya. Era el hombre que más claramente había vituperado al Libertador desde su curul en el Congreso Constituyente de 1822 y era su pluma la más c[on]tenciosa y lapidaria de cuantas se movieron para expresar algo propio a propósito de la independencia americana (Sánchez, 1997, p. 45).

A su vez, el historiador de la literatura peruana manifestó que:

Las Cartas del Solitario de Sayán, insertas en ese picante y vigoroso *La Abeja Republicana*, habían sacudido la conciencia de los patriotas del Perú y de América. La *Abeja Republicana* desde 1822, amenazante ya la agresiva conducta de *Bolívar* y descartada la agreste dignidad de San Martín, había sido como el tábano aristofánico, un despertador de conciencias y como la abeja de Esopo, un laboratorio de miel. Sánchez Carrión habría querido ser, acaso, a un tiempo, Aristófanes, Juvenal y Montesquieu (Sánchez, 1997, p. 45).

José Baquíjano y Carrillo:

Sobre el destacado representante de la ilustración peruana y prócer de la independencia, dice Luis Alberto Sánchez:

El conde de Vista Florida, el más ilustre de todos, llamado *Cephalio* por sí mismo y, tal vez, por sus admiradores, habíase extinguido el año 1818 en Sevilla, en el destierro, [retenido de por vida por orden del rey Fernando VII]. España lo [había rodeado] de consideraciones, pero, como al Inca Garcilaso, no le permitió reintegrarse a su patria. Fray Diego Cisneros, el escudriñador confesor de María Luisa, había descendido al Averno [desde Lima, en 1812], dejando como insustituible heredad el fecundo caudal de su biblioteca, en la que por real concesión figuraban todas las obras de Rousseau, Voltaire, Montesquieu, Diderot, D'Alembert y, no sabemos por qué, las [hechizas] Cartas de una peruana de Madame de Graffigny, editadas el mismo año que la Historia de América de Thomas Williams Robertson y *Los Incas* de Jean Francois Marmontel. Juan Egaña había partido a Chile [hacia 1790], donde [destacó como catedrático y letrado fervorosamente liberal. Participó en la redacción de La Constitución de 1810, luego fue colaborador de Bernardo O'Higgins y en 1823 ocupaba una senaduría; allí] tuvo familia y procreó un hijo que sería ilustre en los fastos parlamentarios de aquel país: Mariano Egaña" (Sánchez, 1997, p. 51).

José de La Serna:

El futuro Conde de los Andes ahora Virrey del Perú, era tan díscolo como *Pizarro Mariscal de Campo*. Después de todo, *La Serna* no era culpable con la llegada del General Don José de San Martín a Lima “barriendo con sus tropas la resistencia de los batallones españoles diseminados sin concierto, pese a los conocimientos tácticos de las campañas militares”. La Serna tenía grado 33, era un príncipe de la masonería. El tiempo era su peor enemigo contra las conspiraciones, pues, la guerra no era contra *Bolívar* sino contra el tiempo, “a propósito de Bolívar. La Serna había recibido informes alentadores. El célebre general venezolano, además de tener como contrapartida su excesivo amor a las mujeres, su arrojo y su tremenda audacia, se halaba ciertamente en mal estado de salud. Los chasquis le habían dicho que había sufrido un ataque de paludismo y que estaba enflaquecido de manera alarmante. Pero otros, contradiciendo a aquellos, aseguraban que ningún ser humano trabajó nunca tanto y con tanta certidumbre como el Libertador de Colombia: “Es un hombre que cansa a cinco o seis secretarios; se parece a Napoleón. Vive imaginando, planeando, discutiendo y haciendo” (Sánchez, 1997, p. 64).

La Serna había mandado sondear al gobierno de Trujillo, al que suponía menos inclinado a colaborar con Bolívar [Quizás podría] constituirse en gobierno autónomo del Perú, sostenido por el ejército de *Riva Agüero* y el suyo mismo, en nombre de una “Nueva Patria”, ya que regresar a España era un sueño imposible” (Sánchez, 1997, p. 64).

José de la Riva Agüero, en un acto de alta felonía antirrepublicana, pero a favor de la Independencia se enfrentó al Virrey José de La Serna en su lucha por el poder. Convertido en el nuevo sucesor de Pezuela: “el virrey La Serna [...] esperaba algún día la más amplia amnistía de parte de su rey y señor Fernando VII, de quien se decía que era duro, desleal e implacable” (Sánchez, 1997, p. 62).

José de Canterac:

El general Canterac despachando desde su cuartel militar en la ciudad de Jauja comunica al virrey La Serna su primer informe diciendo: “desde las primeras horas de la mañana las patrullas de reconocimiento han comprobado la ausencia de tropas del ejército insurgente en las proximidades de Lima. En el mismo parte militar Canterac añade: “vista la situación de Lima y estando el Callao bajo el control de los amotinados que han izado la bandera del Rey ha dispuesto que el general Monet junto con el brigadier Rodil avance desde Ica y procedan a la ocupación de Lima y del Callao. Canterac no cesa de hacer sentir

que es el oficial de más alto rango en el ejército realista después de La Serna. Por eso exclama con disgusto: “¡No hay nada más que hablar! ¡Que se marche de una vez al Cuzco, a informar al virrey! Devolver al virreinato el control de la capital es importante para Canterac” (Sánchez, 1997, p. 107).

Agotados los esfuerzos para negociar con Riva Agüero, el militar realista intercambió opiniones con los generales José de Carratalá y Andrés García Camba en torno al futuro de la guerra:

Canterac se esfuerza por estar optimista. ¿Es posible retener las dos terceras partes del país bajo la autoridad de España? El ejército realista también ha sufrido amotinamientos y deserciones. Es más: los éxitos militares contra los patriotas en las dos campañas de Intermedios se lograron [al precio de duros reveses en cuanto al trato con toda la población civil. Esta vez tanto indios como criollos sufrieron maltratos]. Ahora es difícil reclutar soldados para la causa del rey y sólo se consiguen abastecimientos mediante drásticas requisas” (Sánchez, 1997, p. 108).

A pesar de sus tentativas y esfuerzos, el ejército español cayó derrotado en las pampas de la Quinua. Dirigidos por Sucre, los patriotas ordenaron inmediatamente, el 9 de diciembre, la celebración de la famosa capitulación de Ayacucho. De acuerdo a Sanchez (1997):

Ante la ausencia del virrey, corresponde a Canterac... pedir la gracia de la rendición... El amanuense es Carratalá, quien fuera estudiante de leyes. Sucre está de acuerdo en el que el documento sea generoso con los vencidos” (p. 159).

José de La Mar:

Para algunos oficiales de Simón Bolívar es una imprevista noticia encontrarse en Trujillo con José de La Mar. El primer mariscal del ejército peruano y presidente de la junta de gobierno nombrada por el Congreso Constituyente de 1822, que ya frisa los 46 años, está desde enero en Trujillo a pedido del Libertador. Regresa a la vida militar y política luego que fuera cuestionado en el Congreso por el fracaso de la primera expedición a Intermedios [entre octubre de 1822 y enero de 1823]. Mucha enemistad quedó en el aire desde entonces.

Los enemigos de La Mar lo acusaron de ser demasiado moderado en la guerra, tal vez porque ocultó sus sentimientos conciliadores hacia la familia real. Los defensores de La Mar, por otro lado, culparon a los argentinos por la retirada

de Bolívar de Perú de la división colombiana encabezada por el general Paz del Castillo en plena campaña.

Por tales criterios y consideraciones, Sánchez señala en su novela:

Bolívar está dispuesto a dar todo su apoyo a La Mar. Será jefe de división y retendrá el rango de gran mariscal. “Es un hombre de honor y un gran militar que honra a nuestro ejército”, responde el Libertador con gesto severo a todo el que le presenta dudas sobre su nombramiento. Heres también defiende con elocuencia a La Mar: “En la guerra contra Napoleón fue el héroe de la defensa de Zaragoza y el coronel más condecorado. Vino al Perú en 1816 con mando de brigadier otorgado por el rey de España. No se ensució las manos en la traición de Aznapuquio y presentó digna renuncia a la causa realista. Su experiencia en la guerra y en la política y su integridad son de gran valor para nuestra causa” (Sánchez, 1997, p, 118).

José Antonio de Sucre:

Para el miembro de la generación del Centenario, la actuación del mariscal Sucre fue sumamente gravitante en la gesta libertadora:

El comandante en jefe del Ejército Libertador, un general de división de 29 años ha sido el más aplaudido. Las damas trujillanas le han arrojado desde los balcones pétalos de flores y cintas con mensajes de amor. Sucre cabalgó escoltado por dos columnas de húsares, una colombiana y la otra peruana, cada cual, con su bandera, teniendo a su lado al general de brigada Andrés de Santa Cruz. Ver juntas las banderas del Perú y Colombia emocionó a la multitud” (Sánchez, 1997, p. 114).

Además, elogió la actuación de Santa Cruz en la batalla de Pichincha. Sin su apoyo la victoria no hubiera sido posible:

La habilidad táctica y temple guerrero mostrado por Santa Cruz en las laderas de Pichincha (24/05/1822) no admiten discusión y Sucre el victorioso general de esa batalla es el primero en admitirlo: sin Santa Cruz y sus batallones peruanos no habría sido posible la Independencia de Quito (Sánchez, 1997, p. 115).

Al lector interesado en la biografía de José Antonio de Sucre les recomendamos la lectura del libro *El Gran Mariscal de Ayacucho* de Vicente Pesquera Vallenilla publicado en 1910 en Barcelona por la Casa Editorial Maucci.

III. BATALLAS PATRIÓTICAS

El Libertador Simón Bolívar resume en tres puntos la preparación de la ofensiva militar:

Primero, aislar políticamente los realistas con medidas de gobierno que acentúen su impopularidad; segundo: debilitar sus arsenales, privarles de suministros e infligirles serias bajas con una intensa actividad de las milicias montoneras; tercero: cortarles toda salida al mar y cualquier posible retirada hacia el Alto Perú, de tal forma que estén obligados a presentar batalla esta última labor corresponderá al ejército (Sánchez, 1997, p. 124).

Guerrilleros y Montoneros

A mediados de abril, las fuerzas patriotas ocuparon el Valle de Santa y el Valle de Huarmey. Colocaron una fuerte defensa territorial que, junto con la de Gutiérrez de la Fuente en el sur, debía separar a Rodil del Callao y cerrar todo acceso al mar a Canterac. Su labor lo acompaña la actuación de los montoneros. Ninavilca se ubica en las montañas centrales de Huarochirí, Vidal en Yauli y Carreño, casi debajo de las narices de Canterac. Unos días después, cuando Bolívar creyó que la defensa estaba organizada, reunió a los montoneros para iniciar una feroz campaña guerrillera contra el enemigo:

Quiero que los godos entren en pánico. Que teman una emboscada detrás de cada risco. No le permitan dormir en las noches. Quémenles las vituallas. Acuchillen sus bestias. Eliminen a todo mensajero que entre o salga de su campamento. Canterac no debe recibir ni una carta, ni una camisa, ni un vaso de agua (Sánchez, 1997, pp. 132-133).

A cambio, el libertador recibió el suministro prometido de guerrilleros que se unirían al ejército regular a lo largo de la luminosa pero accidentada ruta del Callejón de Huaylas. La mayoría de ellos eran indios huaracinos de piel clara y mejillas sonrosadas por el aire de la montaña. Trajeron caballos, armas y su retaguardia: mulas que transportaban alimentos, víveres y material turístico, e incluso sus mujeres con sus personalidades rebeldes y trenzas negras colgando de sus mejillas. Están unidos a la base del caballo como una estatua. Caminaron, giraron y se detuvieron, con los niños atados a sus espaldas. El general Lara preguntó sarcásticamente a Bolívar si los nuevos reclutas necesitaban entrenamiento.

Ante la situación que se vivía por aquellos días, Sánchez escribió en su novela:

Una embriaguez revolucionaria ha contagiado a todos los peruanos. Hombres y mujeres se apretujan para dar su contribución al fondo de guerra y besar la bandera rojiblanca. Se queman las efigies del Rey Fernando VII y del Virrey José de la Serna. En todas partes se prometen dar la vida antes que aceptar un día más el yugo de España (Sánchez, 1997, p. 135).

Por entonces, aparece las huellas del ataque de los bandoleros. Por un momento Bolívar empieza a preocuparse, pero de pronto se oye una exclamación: “¡Viva Bolívar! y los jinetes se alejan y explican al Libertador que son las montoneras de Ignacio Ninavilca”.

Bastante informado sobre el apoyo que recibió el libertador por parte de las montoneras, Sánchez expresó:

Los grupos montoneros, como toda guerrilla, se basan en tropa irregular y poco disciplinada, entrenadas para pequeñas escaramuzas con armas simples y fácil huida entre la población. Tenía su origen en la severa represión impuesta por los españoles a las primeras luchas insurgentes que obligaban a muchos dejar sus poblados y vivir a salto de mata. Los principales jefes montoneros fueron, además del citado Ninavilca; Isidro Villar, Ignacio Quispe y José Antonio Manrique. A ellos también se sumó Fray Bruno Terreros, Sacerdote franciscano que comandó una guerrilla en Jauja y luego se unió al ejército libertador (Sánchez, 1997, p. 102).

Al lado de las acciones militares, los guerrilleros también se valieron de los pasquines y mofas contra los godos como aquel que se mandó pegar en los muros del Centro de Lima el 17 de marzo de 1823 que a la letra se dice:

EL COMANDANTE DE LAS GUERRILLAS DEL CENTRO DON IGNACIO NINAVILCA.- Hago saber a todos los habitantes de Lima y sus contornos que, usando el derecho de represalia contra un tal Monet, que ha publicado un bando ofreciendo premios de 100 pesos por cada cabecilla y 25 por los subalternos; y considerando que los bandidos españoles vienen degollando y matando para conseguir de este modo les prestéis auxilios; OFREZCO por premio de la cabeza de Monet una gallina culea; por la de Ramírez un capón; por la de Rodil un perro; por la de García Camba un pollo mojado; por la de Canterac un pavo; y por cada soldado español un huevo de gallina El cacique Ninavilca (Sánchez, 1997, p. 113).

El tema de la acción patriótica de las Guerras y Montoneras de la Sierra Central me motivó a escribir el 2022 un ensayo titulado “Una relectura del libro Guerrilleros del Centro en la Emancipación Peruana de Raúl Rivera Serna”. Recomendamos al lector interesado consultar este trabajo que forma parte del

libro *Historiografía de la Independencia Peruana*, editada conjuntamente con Carlos Alberto Pérez Garay.

BATALLA DE JUNÍN: 06/08/1824.

Vicente Pesquera Vallenilla en la biografía realizada sobre José Antonio Sucre hace una breve descripción de este acontecimiento histórico:

La batalla de Junín no fue otra cosa que un choque entre las caballerías patriotas y las caballerías españolas. En el primer ataque, nuestros bravos jinetes fueron rechazados y cargados de frente, se vieron obligados a desorganizarse. Antes del choque, los republicanos habían dejado a retaguardia, por estar mal montados, a los escuadrones Bravos de Apure, que mandaba el coronel Rondón, Escuadrón de la Muerte, a las órdenes de Camacaro y Ballarino, de Cundinamarca, comandado por el coronel Braun. Estos escuadrones, viendo que la remonta de la caballería enemiga estaba indefensa, se apoderaron de ella, remontaron los jinetes patriotas y arremetieron a la caballería española por retaguardia, la que, sorprendida, dio tiempo a los jinetes republicanos que habían sido rechazados a organizarse, remontarse y volver de nuevo a la lucha, derrotando los escuadrones realistas (Pesquera Vallenilla, 1910, pp. 57-58).

En la novela *A Bolívar* sobre la Batalla de Junín, tenemos el siguiente panorama:

“El jefe supremo del Ejército Unido Libertador reunió las principales fuerzas de sus dos cuerpos de ejército en los alrededores de Rancas el 1 de agosto. Son 7 mil efectivos regulares de ejército y 1,500 montoneros. Estarán allí dos o tres días, a la espera de *Miller* y su columna montonera que han ido a inspeccionar tan cerca como sea posible el desplazamiento del enemigo. Al amanecer pasará revista a las tropas y la arengará con una proclama inmortal:

¡Soldados: Vais a completar la obra más grande que el cielo ha encargado a los hombres: la de salvar a un mundo entero de la esclavitud!

¡Soldados: Los enemigos que vais a destruir se jactan de catorce años de triunfos; ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates!

¡Soldados: El Perú y la América toda aguarda de vosotros la paz, hija de la victoria, y aún la Europa liberal os contempla con encanto, porque ¡La

Libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo! ¿La burlaréis? No, no, no; ¡vosotros sois invencibles! (Sánchez, 1997, p. 138).

Bolívar fraterniza con los soldados, va de grupo en grupo saludando con igual afecto a todos: “El Libertador contempla a sus bravos guerreros con orgullo de padre. Nunca antes una batalla por la libertad republicana reunió combatientes de tantas latitudes. Está allí bajo su mando toda la experiencia guerrera del siglo. Veteranos de la guerra española contra Napoleón; de la guerra mexicana y centroamericana; de la lucha emancipadora argentina, chilena, peruana, venezolana, granadina y quiteña” (Sánchez, 1997, p. 138).

Bolívar dispone apresurar el avance de la infantería, distante, donde está Sucre. También ordena replegar a una posición defensiva al resto de la Caballería que aún no consigue descender hasta la pampa de Junín. Entre las fuerzas disponibles para organizar el contraataque están los Húsares del Perú que han quedado en alerta tras un recodo pantanoso. El oficial peruano Andrés Rázuri y los curtidos montoneros son en su mayoría los Húsares que sorteando el aniego se lanzan a todo galope al ataque. Atropellan con fuerza y caen como una muralla erizadas de lanzas sobre el enemigo. El ataque de los Húsares llega con una bendición que renueva sus energías. Bolívar de una mirada ha comprendido todo porque así se logró descabezar al enemigo:

Va en busca de Canterac ¡Todos a Canterac! ¡Que no escape! Bolívar va en línea recta hacia él pero el jefe español elude el desafío y busca el camino hacia la pampa. Su fuga crea desconcierto en los realistas (Aguirre Lavayén, 2004, p. 150).

El duelo final entre españoles natos y peruanos es ganar a pulso, golpe por golpe de lanza y espada. La Batalla de Junín concluye antes de oscurecer y todos hacen esfuerzos sobrehumanos para gritar “¡Mi General, Viva los Húsares del Perú! Bolívar repite orgulloso ¡Viva los Húsares del Perú! ¡Viva los Húsares del Perú! resuena repetidamente en toda la pampa, llegando hasta los temblorosos oídos de los realistas que galopan en precipitada fuga” (Sánchez, 1997, p. 144).

BATALLA DE AYACUCHO: 09/12/1824.

El severo y fogueado José de Canterac, intrépido veterano de las batallas de Terragona y Sevilla (1809 y 1812) había protagonizado una huida ignominiosa abandonando el escudo del rey en el campo de Batalla de Junín. El 20 de noviembre de 1824, el general Sucre recibe un informe urgente: “El ejército

realista marcha a su encuentro con gran rapidez por una ruta poco conocida rumbo a Huamanga" (Sánchez, 1997, p. 153).

El virrey La Serna va en persona a la batalla al frente de 10 mil soldados. El general Valdéz va a la vanguardia. Sucre solo puede reunir para esta batalla 7000 efectivos regulares, aunque su reserva de guerrilleros montoneros compensa con creces la inferioridad numérica.

La Serna giró sus tropas hacia el norte y luego hacia el este hasta tomar las alturas del Condorcunca el 8 de diciembre. Por esta posición los patriotas quedaron aislados del valle de Jauja. "El menor de dos males", dijo Sucre, quien colocó su ejército entre el pequeño pueblo de Quinua, a cuatro leguas de Huamanga, y al pie de Condorcunca. "Los realistas están atrapados". - comentó La Mar - "No pueden hacer nada más que ofrecer batalla".

De acuerdo al relato literario del maestro Sánchez:

A las ocho de la mañana del 9 de diciembre se aproxima el general Monet como parlamentario y consulta con Córdova si antes puede permitirse que los parientes y amigos situados en ambos bandos puedan saludarse. Pide, además, que se atienda el pedido del virrey de respetar reglas de caballería durante la batalla" (Sánchez, 1997, p. 154).

Los patriotas esperan el ataque español en línea. Lucharán sobre todo cuerpo a cuerpo; con sable, bayoneta y lanza. Sucre pasa rápida revista a sus tropas y les dice:

¡Soldados! De los esfuerzos de hoy pende la suerte de América del Sur. ¡Que otro día de gloria corone vuestra admirable constancia!". Cede la palabra a La Mar pero el tronar de la pólvora no deja oírlo. La Mar concluye gritando: "¡Viva la libertad de América! ¡Viva el Perú!". Todos corean el grito y embisten contra el enemigo que ya se encuentra a pocos metros (Sánchez, 1997, p. 156).

Transcurren más de sesenta minutos de ardua batalla. La lucha está demasiado equilibrada. El punto débil de los soldados patriotas es la falta de armas de fuego. Los fusileros y la artillería realista ubicados en las alturas causan muchos estragos en las tropas de la causa libertadora y no permiten ganar terreno" (Sánchez, 1997, p. 156).

Finalmente, Córdova sin pensarlo dos veces se apea del caballo y da la orden con su espada: "¡División! ¡Al frente! ¡Armas a discreción! ¡pasos

vencedores!”. En cuestión de minutos el cerro Condorcunca es tomado a punta de espadas. Un soldado patriota coloca sobre un cañón puesto boca arriba una lanza con bandera peruana. Antes de la 1 de la tarde el general La Serna está preso y sin virreinato. La Capitulación dura dos días para redactar sus términos, aunque está fechado con el día de la batalla 9 de diciembre de 1824. Apenas firmado el acuerdo de rendición esta será leída a los alicaídos batallones realistas. El vencido ejército realista, desarmado y con el dolor en la derrota en los rostros, iniciará una triste marcha. Bolívar recibirá en Lima una afectuosa carta de parte de José Antonio de Sucre.

La mencionada epístola enviada por el jefe patriota fue sumamente conmovedora:

Todo el ejército real, todas las provincias que este ocupa en la república, todas sus plazas, sus parques, sus almacenes y quince generales españoles, son los trofeos que el ejército Unido Libertador ofrece a Vuestra Excelencia como gajes que corresponden al ilustre salvador del Perú, que, desde Junín, señaló al ejército los campos de Ayacucho para completar la gloria de las armas libertadoras (Sánchez, 1997, p. 161).

Con aquellas victorias patrióticas logradas en las batallas de Junín y Ayacucho se consiguió la Independencia de nuestro amado Perú. Luis Alberto Sánchez con su novela *A Bolívar* nos ha conducido por el fascinante mundo americano de los años 20' y 30' del siglo XIX, así como las hazañas militares, políticas y los sentimientos amorosos del gran héroe y Libertador encantado por la belleza y la conciencia histórica de Manuelita Sáenz, a su vez hemos podido conocer las pequeñas biografías de los otros personajes que actuaron en la trama construyendo su historia personal intercambiando testimonios y realidades en la que no estuvo ausente la representación imaginaria que nos ha conducido a la lectura de una verdadera novela histórica.

Conclusiones

El ensayo preparado para esta compilación es una lectura comentada de la novela histórica *A Bolívar* del maestro Luis Alberto Sánchez. Allí destacamos el contexto histórico – social en la que actúan los protagonistas principales y secundarios, siendo los más representativos el Libertador Simón Bolívar y la dama ecuatoriana, Manuela Sáenz. En otra ocasión haremos una lectura comparada de esta obra con otros trabajos como *La Caballeresa del Sol*, novela histórica de

Demetrio Aguilera Malta, publicado por la editorial madrileña Guadarrama en 1964.

Referencias

Aguirre, Lavayén, J. (2004). *La patria grande Simón Bolívar*. Cochabamba: Los amigos del libro.

Espinoza Apolo, M. (2010). En el amor y en la guerra. La correspondencia íntima entre Simón Bolívar y Manuela Sáenz. En Sara Beatriz Guardia (ed.). *Las mujeres en la Independencia de América Latina*. Lima: Universidad San Martín de Porres.

García Gual, Carlos (1995). *La Antigüedad Novelada*. Barcelona: Anagrama.

Kapsoli Escudero, W. y Pérez Garay, C. (2022). *Historiografía de la Independencia Peruana en el año del Bicentenario*. Lima: Universidad Ricardo Palma. Editorial Universitaria.

Leguía, J. G. (1941). Comentario a los Poetas de la Colonia de Luis Alberto Sánchez. En *Hombres e Ideas en el Perú*. Santiago de Chile: ed. Ercilla.

Lezama Lima, J. (1993). *La Expresión Americana*. La Habana, Ed. Letras Cubanas.

Luna, C. (2010). La Pluma y el Laberinto: Autobiografía y representación de Manuela Sáenz. En Guardia, S. B. (ed.). *Las mujeres en la Independencia América Latina*. Lima: Universidad San Martín de Porres.

O'Phelan, S. (2019). *Simón Bolívar y la conclusión de la Independencia en el suelo de los Incas*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Palma, R. (1964). *Tradiciones Peruanas Completas*. Madrid: Aguilar.

Pesquera Vallenilla, V. (1910). *El Gran Mariscal de Ayacucho José Antonio de Sucre*. Barcelona.

Sánchez, L. A. (1997). *A Bolívar*. Lima: Instituto Luis Alberto Sánchez.

_____ (1925). *Sobre las Huellas del Libertador*. Lima: F. y E. Rosay.

_____ (1919). *Los Poetas de la Colonia*. Lima: Ed. SS.CC. La Recoleta.

Vallenás, H. (1997). Nota preliminar. En Sánchez, L. A. *A Bolívar*.

Von Hagen, V. (1953). *Las Cuatro Estaciones*. México, Editorial Hermes.